

prometido, ó que no tenga poder para cumplírnoslo? ¡Jamás podremos hacerle la injuria de dudar de su palabra, antes bien con seguridad diremos, que en ese Corazon hemos encontrado un manantial delicioso de todas las gracias! ¡Permita el divino Corazon en su infinita misericordia, que todos aprendamos á enriquecernos en esa mina inagotable, á apagar nuestra sed en esa fuente, á abrasarnos en esa hoguera ardiente, y entónce, ¡oh! entónce, jamás experimentaremos la carestía de los bienes celestiales!

CAPITULO XI.

QUINTO FRUTO DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS: LA SEGURIDAD CONTRA LAS VICISITUDES DEL TIEMPO.

Luego que Jesus concedió al mundo el don de su precioso Corazon, presentándolo como el fruto de un don particular, hizo entender que este es el medio por el cual queria reanimar el fervor entibiado en los corazones, y salvar á las almas de la seducción que pudiera precipitarlas al abismo de la perdicion: y es tan generosa esta promesa, por parte de Jesus, tan ventajosa é importante para nosotros, que por ningun motivo podemos pasarla en silencio. ¡Y qué, el verse preservados de las seducciones que ponen en peligro nuestra salvacion, particularmente aquellas á que estamos más expuestos hoy dia, ¿no es el mayor bien al que pueden aspirar los cristianos? ¡Ah! sería conocer muy poco las delicias de la Jerusalem celestial, si no nos regocijáramos con el solo pensamiento de poderlas adquirir con más seguridad; como sería tambien un grave mal pesar la desgracia, valuar la desdicha de una desesperacion eterna, y no estremecernos al solo pensamiento de incurrir en ella. Reflexionad un instante sobre

este punto, tanto para estimar más y más el valor del don que voy á presentaros, como para que participeis mejor de él.

§ I.

*La grande plaga de nuestra época es la sensualidad.
Cómo el amor al Corazon Sagrado de Jesus
la remedia.*

Es indudable que las enfermedades que consumen á los hombres en nuestros dias, son muy graves y complicadas; sin embargo, hay una que mina todos los estados, á todas las condiciones, á todas las edades y que es sobremanera dolorosa: esta plaga universal es la sed de los placeres sensibles, la avidez de los goces terrestres, una refinada sensualidad: hoy nadie procura disimularla en el curso ordinario de la vida, es el objeto de todas las conversaciones así como el deseo de todos los corazones, por esto veis multiplicados los templos donde se quema sin cesar el incienso ante este ídolo inmundo: las diversiones en muchas familias son cotidianas y sazoadas con mil estimulantes á este fin; los teatros rebosan de mundo no solamente en las tinieblas de la noche, sino hasta los primeros rayos del dia, y la entrada á los espectáculos reducida á tan bajo precio que el hombre del pueblo, el artesano, el más infeliz, todos pueden gozar de sus representaciones: los bailes no son ya privilegio de las familias distinguidas por su fortuna, sino que están adaptados aun á las condiciones más ínfimas: los lugares de públicas reuniones no son frecuentados solamente en dias de fiesta, sino que han venido á constituirse para el artesano en una especie de necesidad aun durante toda la semana: las casas de juego, los cafés, los gabinetes de lectura, llenos de libros inmoraes é impíos, he ahí las primeras conquistas de la libertad, el pri-

CORAZON DE JESUS.—17.

mer alimento con que la civilizacion moderna regala á las villas y campiñas que quiere elevar, como ella dice, á la altura del siglo. Este furor inmenso de placeres interesa claramente hasta el fondo de todos los sistemas que una filosofía perversa ha inventado y aun inventa cada día, pero que por grandes que sean los esfuerzos que hagan sus partidarios para ocultar su corrupcion, no podrán con sus bellas palabras sustraerlo á nuestras miradas.

¿Por qué se aprecian tanto las invenciones modernas, sino porque sirven para aumentar la suma de los goces? ¿Por qué tal frenesí en los teatros, sino porque procuran más los goces? ¿por qué rehusais al que se opone ó critica las representaciones, sino porque quereis gozar con más libertad y menos trabas? ¿por qué esquivamos la vista de los asilos de los pobres y quitamos nuestros ojos de los que pasan por las calles, sino porque su aspecto contrista á la sensualidad é interrumpe los goces? ¿por qué se estiman en tanto los bienes sensibles y materiales, sino porque se vé en ellos cuantos goces se puedan imaginar? ¡Gozar! tal es el objeto á donde tienden sin cesar tantas intrigas, combinaciones, proyectos, revoluciones y crímenes que se traman contra toda autoridad legítima, y en todo no se busca más que encontrar un medio de sustraerse de las leyes y quitar todo obstáculo al libertinaje para abandonarse á sus apetitos. El odio mismo á la religion no reconoce otro origen, pues como ella prescribe el desprecio de los placeres mundanos y reprueba tantas disoluciones, amenazando con los más terribles castigos á los que se entregan á ellas, ponen en obra cuanto pueda destruirla y abatirla, á fin de librarse de su yugo importuno y á la vez de los remordimientos que ella causa: y no son cualesquiera goces los que ellos quieren, sino los goces sensuales, los placeres sensuales y satisfacciones brutales. Todos conocen las tendencias de los impíos desde hace un siglo, sus innobles

teorías, sus hinchadas doctrinas, las insanas invenciones que vendian, y nadie puede negar que esta sea la grande, la inmensa plaga de nuestro siglo, el abismo en cuyo derredor van á perderse las almas.

Pero lo que más debemos lamentar es, que no solamente existan hombres declaradamente corrompidos que se revuelcan en sus obscenidades, sino que haya quien, sin renunciar toda esperanza de salud y haciendo aun profesion del cristianismo, estén por su parte contaminados con la misma lepra: en su farisaica rigidez, sin duda rechazan los detestables principios diseminados en el mundo en estos últimos tiempos por los sansimonianos y los furrieristas, tocante á la rehabilitacion de la carne, la necesidad de los placeres, el derecho á los goces, y otras infamias de este género; sin embargo, sabios á la moderna y volviendo sus miradas á los ecos de la multitud, se presentan á su vista aquellas doctrinas, llegan á ofuscar sus espíritus y á ensuciar por mayor sus corazones. Es verdad que no buscan el placer en el fango inmundo donde le buscan los impíos, ni le buscan tampoco con la misma avidéz, pero sí quieren tocar al menos todos los goces que no están del todo entredichos, y si no le consagran toda su vida, por lo menos le dedican parte de ella, dejándose tambien dominar de un espíritu todo mundano que hace el que no se sueña sino en festines, bailes, espectáculos y convivialidades, pudiendo apenas salvar las más extremas conveniencias.

En semejante situacion, no se sufre ya que otros se levanten contra estos desgraciados placeres; se hace su apología, se propaga su gusto en las familias, y no reconocen ó no quieren reconocer las desgracias que temen, y por lo mismo se entregan á ellos con tal decision, que se hacen incapaces de ocupar su espíritu y su corazon de ninguna otra cosa.

¿Qué significa todo esto, si no es amar desatinadamente y

adorar el ídolo del placer tantas veces excomulgado en el Evangelio? ¿Qué otra cosa es abrir la fuente de donde brotan las aguas cenagosas de toda suerte de iniquidades? Este amor desarreglado de la carne y de los placeres, es precisamente lo que forma el amor del mundo, contra el que el Apóstol San Juan nos prepara bajo la pena de ser privados de la caridad del Padre: *No améis al mundo ni á las cosas que están en él. Si alguno ama al mundo no estará la caridad del Padre en él.* (1) de este mundo con el cual no debemos tener conformidad alguna, segun el Apóstol San Pablo: *No queráis conformaros con este siglo.* (2) de este mundo cuya amistad es enemiga de Dios, cual lo enseña el Apóstol Santiago: *¿Ignorais acaso que la amistad de este mundo es enemiga de Dios?* (3) de este mundo del que el príncipe de los Apóstoles nos exhorta á huir con tanto empeño, huyendo de la corrupcion de la concupiscencia que hay en él; (4) de ese mundo contra el que la Sabiduría increada ha lanzado todos sus rayos, puesto que todas sus palabras, todos sus actos tienden á condenarlo, llegando al grado de excluirlo aun de su divina oracion, *Yo no ruego por el mundo,* (5) y por lo mismo, por poca que sea la corriente de sus aguas cenagosas que pase entre los cristianos, se convendrá en que todas las clases de la sociedad están profundamente impregnadas de este amor sórdido más aún que en tiempos pasados; porque si es verdad que el demonio, príncipe de este mundo segun el divino Maestro, (6) ha tenido en todas las edades numerosos

(1) Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est Patris in eo. I. Joan. 2, 15.

(2) Nolite conformari huic sæculo. Ad Rom. 12, 2.

(3) Nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Deo. Jac. 4, 4.

(4) Fugientes ejus quæ in mundo est concupiscentiæ corruptionem. II. Petr. 1, 4.

(5) Non pro mundo rogo. Joan. 17, 9.

(6) Princeps hujus mundi. Joan. 12, 31.

partidarios, sin embargo, antes de estos últimos tiempos, no se había encontrado un hombre tan audaz que predicase abiertamente la rehabilitacion de la carne, el derecho á los placeres, la necesidad de hacerlos comunes, cual se ha hecho al presente. ¿Quién no vé, por lo mismo, los peligros que pueden correr los cristianos en medio de tantas seducciones y peligros que por todas partes les rodean, cuando por naturaleza somos tan inclinados á los placeres y nos dejamos llevar tan fácilmente del ambiente que ellos derraman?

Mas, hé aquí precisamente dónde brilla la misericordiosa ternura de nuestro Señor Jesucristo á nuestra vista: á un mal tan grave, á un desórden tan deplorable, ha querido poner un remedio radical, el más eficaz. El Doctor San Bernardo ha observado muy espiritualmente que los hombres ambicionando el llegar á hacerse semejantes á Dios (1) segun la falsa promesa de la serpiente, perdieron el bien que tenían y se precipitaron en un abismo de males. Sobre esto, el Verbo divino con el mismo Santo tuvo la conversacion siguiente: "Mi Padre pierde á sus criaturas porque quieren parecerse á mí (2); pues bien, yo me sujetaré á un estado tal que cualquiera que dirija sus miradas sobre mí querrá ser como yo, no se perderá sino que se encontrará y ganará infinitamente:" hasta allá llega la condescendencia, de nuestro amoroso Dios, de sujetarse á una invencion semejante tan amorosa. El amor de los bienes materiales nos conduce hácia el abismo de la perdicion; pues bien, ahí está un objeto casi sensible que os retirará de ese abismo, el veneno será convertido en remedio y la vida brotará de la muerte. Tenemos necesidad de la vida de los sentidos, tenemos necesidad de un co-

(1) Eritis sicut dii. Gen. 3, 5.

(2) Ecce, inquit, occasione mei creaturas suas Pater amittit. . . . Ecce venio et talem eis exhibeo me ipsum, ut quisquis invidere voluerit, quisquis gestierit imitari, fiat ei æmulatio ista in bonum. S. Bern. Ser. 1, de Advent.

razon que nos comprenda, que nos compadezca, que nos ame y en el cual podamos vaciar nuestro corazon. Él nos ofrece un Corazon que satisface todas nuestras inclinaciones, á todas nuestras necesidades: subyugados por la molicie de la educacion, por la falta de energía, y aun más, por la sujecion del hábito criminal del vicio y de la tiranía de las pasiones, nos encontramos arrastrados hácia las cosas sensibles: pues bien, Él quiere satisfacernos en este punto, nos presenta un Corazon en el que el amor llenará todos nuestros deseos, colmará nuestra capacidad, y lo que es más, santificará todas nuestras afecciones.

¡Ah! qué difícil es formarnos una idea de la dulzura infinita de este Corazon, de su afabilidad y ternura, de su mansedumbre, de su condescendencia, de sus amabilidades sobre todas las amabilidades: si llegásemos á este conocimiento, en vez de prostituir nuestras afecciones en los mil objetos indignos que nos depravan, nos ensucian y nos corrompen, nos consagrariamos á Él enteramente! La mansedumbre de este divino Corazon no es la apatía que tolera lo que no puede impedir, nó; es el sentimiento del que por una paciencia divina no se deja entibiar por nuestras faltas: su afabilidad no es la indulgencia del que apenas se digna inclinar á sus inferiores, sino la condescendencia del que no rehusa abajar su majestad infinita hasta nuestra nada: su dulzura no es una dulzura terrestre, sino es esa dulzura inefable que regocija á todo el cielo: su ternura, no es el sentimiento de aquel que resiente en sí mismo los sufrimientos de los otros, sino que es la ternura de un amor intenso que hace suyas las penas de los otros. ¿Teneis necesidad de ver compadecidos vuestros males? Él los compadecerá infinitamente: ¿buscáis algun alivio en vuestras penas? Él está pronto á procurároslo con toda clase de socorros: ¿quereis reanimar vuestro corazon, uniéndolo al suyo? ¡Ojalá y le mostraseis esta confianza! se-

ria infinita ventura el que hicieseis su Corazon el lugar de vuestro refugio, el depositario de vuestras tristezas y vuestra perpetua mansion. En fin, ese corazon que palpita tan vivamente en vuestro pecho ¿tiene necesidad de amar y de ser amado? ¡Amabilidades infinitas del sagrado Corazon de Jesus, descubríos al pensamiento de los hijos de los hombres, dandoos á conocer, para que los miserables no se entretengan con la gota de agua que el mundo les presente, teniendo á su disposicion el oceano de vuestro Corazon; que no se dejen deslumbrar de los tenues rayos de las criaturas, cuando pueden gozar del pleno sol de vuestra grandeza! Consagran su amor ya á lo que es honesto en sí, ya á lo que les procura alguna satisfaccion ó á lo que les trae algunas ventajas; pero ¿no está todo esto reunido en el adorable Corazon de Jesus, sin ir á buscarlo fuera de Él? Si la belleza, la bondad, la gracia, la afabilidad, es lo que os encanta y os arrebatara fuera de vosotros mismos, todo lo teneis en Él: bellezas creadas é increadas, bondad finita é infinita, perfecciones humanas y divinas, plenitud de gracia y de verdad. ¿Estas son las posesiones, las riquezas y los tesoros que os seducen? ¿á quién pertenecen todos los bienes sino á ese divino Corazon que los distribuye segun su voluntad? y si este Corazon está en vosotros ¿no poseereis tesoros infinitamente mayores que lo que puedan valer todos aquellos dones? quizá los placeres que gozais para contentar vuestras pasiones, es lo que más os cautiva; pues probad una vez las delicias que se encuentran en unirse íntimamente á Él, en entregarse á Él con confianza y estrecharse con su Corazon, en comunicarle todos vuestros pensamientos y amarle sin medida: ¡oh! entonces, despues de haber saboreado aquellas dulzuras comprendereis lo que valen los miserables objetos que hoy os seducen. Los Santos que han encontrado en Él su felicidad no eran de distinta naturaleza que vosotros, pre-

cisamente tenían afecciones por el mal, un corazón inclinado al pecado, y sin embargo, con el auxilio de la gracia llegaron á detestar la aridez de las pasiones y encontraron en ese divino Corazón la dicha y el reposo.

Y no vayais á creer que la pureza de su Corazón le quite su ternura, ni que su santidad increada le haga menos condescendiente; nó, es todo lo contrario, la abundancia de sus perfecciones le hacen mil veces más amable y más amante: la amabilidad, la dulzura, la condescendencia no son en Él afecciones pasajeras y sujetas á las mil vicisitudes que en nosotros, sino que son el efecto de sus prerrogativas divinas y la elección de su santísima voluntad; hé aquí por qué, si antes de la venida de Jesucristo se obligaba á los hombres á reprimir el orgullo que les hacía envidiar la naturaleza divina y que en seguida el Verbo encarnado les decía: *Ejemplo os he dado, para que como yo lo hice con vosotros así lo hagais vosotros* (1); hoy todo ha cambiado aun de lenguaje, de modo que si antes se os decía: no ameís los bienes sensibles, hoy se os dice, amadlos, sí, amadlos, pero que esto sea en aquel amable Corazón que los reúne todos.

§ II.

Otra plaga.—La Irreligion.—La devoción al Corazón de Jesús es su remedio.

Otro mal de los más graves que nos afligen y que nace del amor desenfrenado de los placeres, es la irreligion. Como la religion es la más firme muralla que se opone á la fogosidad de las pasiones, aquellos que quieren satisfacerlas á toda costa, comienzan por tenerle aversión, despues vienen á odiarla

(1) Exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. Joan. 13, 15.

y llegan por fin á hacer todos sus esfuerzos para arrancarla de la tierra, si estuviere en su poder. Que tal sea la verdadera causa del ódio implacable que un número regular de hombres tienen á la religion, no se puede dudar; nuestro siglo no ha encontrado otros motivos para proclamar la falsedad, y aquellos que se enfurecen tan violentamente contra ella no son por cierto hombres que consagren sus desvelos al progreso de la ciencia; no hablan de la manera que hablan sino porque aman frenéticamente los placcres, no pueden soportar que la fé cristiana trabaje sin descanso en establecer el predominio de la gracia sobre la naturaleza, de la razón sobre la fé, del hombre espiritual sobre el hombre animal: hé ahí lo que los atormenta, los enfurece y los provoca á proferir tantas blasfemias; y como el amor á los placeres ha invadido todas las condiciones y estados de la sociedad, gracias á los escritos que en ella han introducido, gracias á los teatros, á los cafés, á los salones, á los lugares de reunion, de diversion y de disoluciones que por todas partes se han multiplicado y hecho accesibles aun al más bajo pueblo, la irreligion, por lo mismo, encuentra eco, tanto en las clases ínfimas de la sociedad, como entre las gentes de mayor tono; de aquí nace tambien la tendencia de muchos hácia el protestantismo. ¿Cuál es en realidad el objeto á que aspiran entre nosotros los admiradores y apologistas de la heregía? ¿es acaso el de rendirle un culto más puro al Altísimo? ellos no creen ni en ellos mismos; para convencernos no necesitamos mas que tender nuestra vista á las costumbres inmorales á que se entregan; por lo mismo quieren hacer desaparecer cuantos obstáculos se interponen á su libertinaje, quieren desembarazarse del trabajo de oír la Misa, librarse de la oración; no quieren más cuaresmas, vigiliias, abstinencias ni ayunos; sobre todo rehusan el dar cuenta de sus despilfarros en el sagrado tribunal de la Penitencia, porque quieren lo con-